



## **Homilía Misa Nochebuena Navidad 2020**

**Obispo Sergio Pérez de Arce**

**24 de diciembre de 2020**

Al celebrar hoy la Navidad, no podemos dejar de referirnos a la pandemia que hemos vivido este año y que seguimos viviendo. Y quisiera hacerlo evocando diversas emociones y sentimientos que han acompañado las experiencias vividas.

Ha habido mucha incertidumbre, porque incluso hoy no sabemos con certeza qué pasará en el próximo tiempo, y porque la enfermedad, el riesgo de contagio, las consecuencias sociales y económicas de la pandemia, nos han sumido en la inseguridad. Hemos vivido temores, entre ellos el temor a enfermarnos e incluso a morir. Tristeza, mucha tristeza, por las dificultades para encontrarnos con familiares y amigos, y por la dura pérdida de seres queridos. Asimismo, nos han acompañado la angustia, no pocas veces la rabia, pero también en ocasiones la esperanza y la alegría, sobre todo cuando hemos sido testigos o hemos contribuido a expresiones de solidaridad, de generosidad y de servicio.

La Navidad nos dice que todo esto, que todas estas experiencias las vivió también el Hijo de Dios. Basta leer los evangelios para contemplar cómo la humanidad de Jesús, tanto en la vida junto a sus padres como en el desarrollo de su misión, está cruzada por incertidumbres, temores, tristezas y angustias, no faltando profundas experiencias de gozo y esperanza.

Pero Jesús no vivió pasivamente estas experiencias, no sólo las padeció, sino que las asumió como un camino de entrega, de amor, de donación de su vida. Las experiencias humanas, aunque tantas veces duras, son más plenamente humanas y ayudan a mejorar nuestro mundo, cuando nos llevan a amar con más generosidad, cuando abren nuestro corazón a los demás. Muchas veces frente a las dificultades y limitaciones nos lamentamos, nos quejamos, y a veces con razón, pero encerrarnos en la queja o la rabia no nos lleva a nada, y sí nos hace mucho bien abrir nuestra vida a Dios y a los demás, haciéndonos hermanos de los demás en el dolor y compañeros de camino en las alegrías.

Hemos hablado mucho durante el año de las lecciones de la pandemia para cada uno y para la humanidad: que nos necesitamos unos a otros y que nadie se salva solo; que la naturaleza gime y clama y nos llama a una nueva relación con ella, donde nos dejemos de comportar como sus propietarios y dominadores; que tenemos que discernir en nuestra vida qué es lo esencial y qué lo accesorio, huyendo de seguridades falsas y superfluas sobre las que construimos nuestras vidas; que al descubrirnos frágiles y vulnerables podemos abrir una nueva puerta a la espiritualidad en nuestra vida, una puerta a Dios. Pero muy pronto olvidamos los aprendizajes y volvemos a “más de lo mismo”, a “lo de siempre”, a la autoreferencialidad, a la obsesión por colmar nuestros intereses. Y así en plena pandemia, en medio de la enfermedad y la muerte que afecta a tantos hermanos, llegamos a celebrar fiestas

y eventos masivos sin respetar las normas sanitarias; así buscamos viajar lejos a un lugar turístico (los que pueden) para relajarnos del stress; así nos afanamos en comprar y consumir como si el mundo se fuera a acabar. Y aunque es entendible querer volver a la normalidad, en el fondo no asumimos los dramas de nuestro mundo, la realidad de los pobres y los que sufren, y no terminamos de cambiar nuestros estilos de vida y nuestras prioridades. Distinto es Jesús, que vive todo lo humano buscando la voluntad de Dios y el servicio del Reino. Distintos son María y José, que se hacen disponibles al proyecto de Dios para la humanidad. Es evidente que Dios viene a nuestro mundo en Jesús para que cambiemos nuestro rumbo, para que convirtamos nuestras vidas y nuestros modos de convivir y organizarnos como sociedad. Y quizás por eso hemos apagado el mensaje cristiano de la Navidad para quedarnos con una Navidad inofensiva, servidora de nuestros individualismos y comodidades. Pidamos a Dios que esta Navidad en pandemia la vivamos como un nuevo llamado a acoger su Evangelio como un camino de vida y de conversión.

Hay otro aspecto que nunca tenemos que olvidar al celebrar la Navidad: el lugar en el que nace el Hijo de Dios, no sólo el lugar físico, sino el lugar social en el que Dios sale a nuestro encuentro. Dios elige la sencillez del pesebre, la sobriedad, la compañía de los pobres y marginados. Y allí, en medio de esa sencillez, brota el canto de los ángeles que expresa la alegría de Dios y de la creación entera: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres amados por él”.

El ser humano no parece gustar este camino, se obnubila con el poder, el dinero, el prestigio, el éxito. Y para lograr sus propósitos, toma decisiones y elige opciones que tienen un alto costo para los demás, para la creación, para los más pobres, porque son caminos teñidos de vanidad, corrupción, injusticias, explotación y otros tantos desequilibrios. Sólo el camino de la sencillez y la humildad nos puede devolver la armonía con los demás y con la creación, porque es la ruta que nos ayuda a comprendernos hermanos de todos. No competidores, no dominadores, discriminadores, explotadores de los demás, sino hermanos de verdad.

Recuerda el Papa Francisco que “la espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo (...) La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecemos por lo que no poseemos” (Laudato si N° 222)

San Pablo nos ha dicho en la segunda lectura: Cristo Jesús “se entregó por nosotros, a fin de librarnos de toda iniquidad, purificarnos y crear para sí un pueblo elegido y lleno de celo en la práctica del bien”. Que esta Navidad nos afiance en la práctica del bien por los caminos de la humildad y la sencillez, haciéndonos hermanos y servidores de la humanidad. Como el Hijo de Dios, que se hizo nuestro hermano y servidor.